

La “ecología” y la modernización del fascismo en la ultraderecha alemana

JANET BIEHL

Es un hecho incontestable que la actual crisis ecológica es real.¹ La biosfera está sufriendo daños profundos de diferentes maneras y en vastas zonas del planeta, algunas de ellas ya convertidas en lugares inhabitables debido a los desechos tóxicos y los desastres provocados por las plantas nucleares. Mientras, la polución sistémica, los agujeros de ozono, el calentamiento global y desastres de todo tipo continúan haciendo pedazos el tejido del que depende la vida entera. Que este daño lo provocan principal y abrumadoramente las corporaciones de la competitiva economía de mercado internacional nunca había estado tan claro como hasta ahora, del mismo modo que nunca había sido tan perentoria como en la actualidad la necesidad de reemplazar la sociedad existente por otra como la que promueve la ecología social.²

En un momento en el que las condiciones económicas están empeorando y se ha producido una fuerte desafección política paralela a los desastres ecológicos, las ideas nacionalistas e incluso los idearios fascistas están logrando elevar su perfil en Europa y, aunque no en exclusiva, eso destaca sobre todo en la República Federal de Alemania. Con las tensiones sociales exacerbadas, grupos neofascistas de diferente pelaje obtienen representación electoral incluso aunque sus vinculadas cohortes cometan actos de violencia contra los extranjeros. Dichos grupos, tanto los *skinheads* como los «intelectuales», conforman una «nueva»

¹ Extracto del texto de Janet Biehl «La “ecología” y la modernización del fascismo en la ultraderecha alemana», extraído del libro *Ecofascismo. Lecciones de la ultraderecha alemana*, de Janet Biehl y Peter Staudenmaier, publicado en español por Virus, Barcelona, 2019. Agradecemos la gentileza de la editorial al autorizarnos a reproducir los textos. De esta misma autora, Virus también ha publicado *Las políticas de la ecología social. Municipalismo libertario*, Barcelona, 2015 y *Ecología o catástrofe. La vida de Murray Bookchin*, Virus, Barcelona, 2017.

² Acerca de la ecología social, véanse los numerosos trabajos de Murray Bookchin, especialmente *Remaking Society*, South End Press, Boston, 1989 [en castellano: *Rehacer la sociedad*, lom Ediciones, Chile, 2012] y *Urbanization Without Cities*, Black Rose Books, Montreal, 1992.

derecha que, de forma explícita, extrae sus ideas del fascismo clásico. Tal y como escribe Jutta Ditfurth, están actualizando los antiguos temas nacionalistas, místicos y misántropos de la “vieja” derecha, en un intento de «modernización del fascismo». Entre otras cosas, utilizan una interpretación derechista de la ecología como «un “giro” ideológico para organizar la escena neofascista y de extrema derecha».³ Los fascistas de hoy en día poseen un legado ideológico diferencial del cual beben directamente, gracias a sus predecesores. De hecho, la ecología o la reverencia mística por el mundo natural no son una novedad dentro del nacionalismo alemán. A finales del siglo XIX, una revuelta cultural contra el positivismo barrió gran parte de Europa, tal como escribe George L. Mosse, y en Alemania se fusionó tanto con el naturalismo místico como con el nacionalismo racional. Esta revuelta

...está íntimamente ligada a una creencia en la fuerza vital cósmica de la naturaleza, una fuerza oscura cuyos misterios no podían ser comprendidos a través de la ciencia, sino mediante lo oculto. Una ideología basada en dichas premisas se vio refundida con las glorias de un pasado ario y, a la vez, ese pasado fue reinterpretado en clave romántica y mística.⁴

Llegando a su clímax durante la década de 1920, esa corriente se agrupó alrededor de la idea del *Volk* alemán, una selección de ideas ocultistas y pseudocientíficas basadas en un nacionalismo y racismo románticos, y en una fe mística de adoración a la naturaleza. De hecho, como señala Mosse, la palabra alemana

...«Volk» es un término mucho más profundo y amplio que «pueblo» para los pensadores alemanes ya desde el nacimiento del romanticismo alemán, a finales del siglo XVIII. «Volk» significaba la unión de un grupo de gente con una “esencia” transcendental. Esta “esencia” podía denominarse “naturaleza” o “cosmos” o “mythos”, pero cada una de ellas estaba fusionada con la naturaleza humana más profunda, y representaba el origen de su creatividad, la profundidad de sus sentimientos, su individualidad y su unión con otros miembros del Volk.⁵

³ Jutta Ditfurth, *Feuer in die Herzen: Plädoyer für eine Ökologische Linke Opposition*, Carlsen Verlag, Hamburgo, 1992, 3.ª parte, esp. pp. 158 y 172. Anteriormente, Ditfurth fue una de las principales representantes de los izquierdistas dentro de Los Verdes alemanes. En la actualidad, puesto que Los Verdes han dejado de lado su radicalismo, Ditfurth se encuentra involucrada en la organización de la Izquierda Ecológica (Ökologische Linke) en Fráncfort.

⁴ George L. Mosse, «The Mystical Origins of National Socialism», *Journal of the History of Ideas*, vol. 22, núm. 1, enero de 1961, p. 81. Véase también Jeffrey A. Goldstein: «On Racism and Anti-Semitism in Occultism and Nazism», en Livia Rothkirchen (ed.), *Yad Vashem Studies*, núm. 13, Jerusalén, 1979, pp. 53-72.

⁵ George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*, Grosset & Dunlap, Universal Library, Nueva York, 1964, p. 4.

El movimiento *völkisch* de la década de 1920 sancionó como maligno y ajeno a esta esencia el materialismo, el urbanismo, el racionalismo y la ciencia.⁶ En un momento de amarga dislocación social, consideró que la democracia de Weimar era producto de unos ideales democráticos y liberales occidentales ajenos; y, más aún, lo tildó de régimen marioneta controlado por personas que no representaban la *esencia* alemana. Muchos alegaron que una conspiración judía mundial se escondía tras los desmanes de la modernidad, que incluían el consumismo materialista, el desalmado industrialismo, una cultura comercial homogeneizada y un exceso de tecnología moderna. Se afirmaba que todo ello estaba destruyendo sistemáticamente los valores alemanes tradicionales. Solo los auténticos patriotas podían salvar a los alemanes de la ruina o, lo que es lo mismo, solo la extrema derecha –ellos mismos– podía hacerlo.

Este movimiento buscaba reivindicar una alternativa auténticamente alemana, de naturaleza tan racista como nacionalista. Los populares escritos de Paul Lagarde y de Julius Langbehn favorecieron un orden social aristocrático según el cual los alemanes podían gobernar el mundo. Dicho orden invocaba un romanticismo innato, en el cual la cercanía al entorno natural proporcionaba un sentido superior de vivacidad y *autenticidad*. Avanzaba una nueva fe cósmica, encarnada en la sangre “aria”, que debía ser comprendida, no a través de la ciencia, sino mediante la intuición y a través de una plétora de creencias ocultistas y esoterismos espirituales que se encontraban por doquier en la Alemania de 1920. Los sistemas de creencias místicas como la teosofía, la antroposofía y la ariosofía –arianismo místico– abundaban y estaban llenos de elementos del nacionalismo alemán, de tal manera que podían ser usados para mistificar un nacionalismo “ecológico”.

Sin embargo, casi de manera inadvertida, los nacionalistas románticos del movimiento *völkisch* se convirtieron en una importante fuente de ideología nacionalsocialista, aupada irónicamente sobre estos sentimientos antimodernos, a la vez que construían un Estado totalitario tecnológicamente moderno y virulentamente genocida y nacionalista. La idiosincrasia particular del orquestado adoctrinamiento nazi, incluso con su régimen ya volcado en el asesinato en masa, apelaba de forma demagógica a un sentimiento de alienación muy real, y prometía recobrar la *autenticidad* a través de un nacionalismo místico y romántico «más cercano a

⁶ Acerca del movimiento *völkisch*, véanse George L. Mosse, *Crisis...*, *op. cit.*; Fritz Stern: *The Politics of Cultural Despair: A Study in the Rise of the Germanic Ideology*, university of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1961; y Walter Z. Laqueur, *Young Germany: A History of the German Youth Movement*, Basic Books, Nueva York, 1962.

la naturaleza». Señalando la necesidad de volver a modos de vida más sencillos, saludables y “naturales”, promovieron la idea y la práctica del “campesinado nórdico” orgánicamente ligado al territorio, pese a que construyeron una sociedad cuya industria era más moderna y estaba más racionalizada que la de cualquier otra sociedad germana que hubiera existido hasta entonces.

En la actualidad, la denominada «nueva derecha» apela a reminiscencias del movimiento *völkisch* en la Alemania prenazí. También ella se presenta a sí misma como la garante de una alternativa “ecológica” a la sociedad moderna. Según su punto de vista, la destrucción del medioambiente y la represión de los nacionalismos tiene un origen común en el monoteísmo y universalismo “semíticos”. En su forma última, la cristiandad y sus subsecuentes formas secularizadas —el liberalismo y el marxismo—, ese universalismo dualista y homogeneizante, habrían provocado presuntamente tanto la crisis ecológica como la supresión de la identidad nacional. Del mismo modo que el universalismo judeocristiano fue el destructor de culturas enteras cuando los misioneros cristianos partieron a evangelizar el mundo, la modernidad está eliminando culturas nacionales y étnicas. Más aún, consideran que dicho universalismo moderno y su desenfrenada tecnología han perpetrado no solo la destrucción de la naturaleza sino también la aniquilación del espíritu. Esta destrucción de la naturaleza, dicen, amenaza la vida en el ámbito espiritual del mismo modo que lo hace en el mundo físico, ya que cuando la gente reniega de la prístina naturaleza bloquea su acceso a su ser “auténtico”.

Según este desarrollo ideológico, el país que actualmente estaría imponiendo de maneras más agresivas este legado “semítico” dualista y universalista sería Estados Unidos, en cuya cultura “mestiza” —democracia igualitaria— todas las culturas y razas se mezclan entre sí, conformando una sociedad vulgar y sin alma. El imperialismo cultural estadounidense es el genocida de otras culturas del planeta y su imperialismo tecnológico estaría destruyendo el medioambiente global. La búsqueda fascista de la “identidad nacional” y la salvación ecológica busca contrarrestar la “civilización occidental” —es decir, a Estados Unidos—, como algo opuesto a la “civilización europea”, anticipando así una noción de “etnopluralismo” que persigue que todas las culturas posean soberanía sobre sí mismas y su entorno natural. Europa debería convertirse, en lugar de en una monocultura modernizada, en una «Europa de patrias», en la que todos sus pueblos disfrutasen de autonomía. Del mismo modo que los turcos deberían vivir en Turquía y los senegaleses en Senegal, los alemanes deberían tener Alemania para ellos, argumentan los ideólogos de la “nueva” derecha.

La ecología puede ser fácilmente pervertida para justificar el “etnopluralismo”, es decir, el nacionalismo. Las concepciones de la tierra de uno mismo como la propia “patria”, o el *Heimat*, pueden ser desviadas hacia un regionalismo basado en las tradiciones y el lenguaje de una región, ligadas místicamente al territorio “ancestral”. La palabra «Heimat» señala también un giro hacia el pasado, hacia un sentir antiurbano, una comunidad familiar y la proximidad a la naturaleza. Durante varias décadas, el concepto fue observado con desagrado y recelo, puesto que los nazis lo habían utilizado como una idea propia, pero los intelectuales lo desempolvaron en la década de 1970, tras decenios de industrialización capitalista. Para un pueblo que busca reafirmarse frente a un intruso, un *Heimat* “ecologizado”, en el cual se encuentran biológicamente insertados, puede convertirse en una herramienta útil, no solo contra el imperialismo sino también contra la inmigración, los extranjeros y la “superpoblación”. Las elaboradas justificaciones para oponerse a la inmigración proveniente del Tercer Mundo se camuflan recurriendo a argumentos “ecológicos” contra la “superpoblación”. Actualmente no son solo los fascistas los que invocan al *Heimat*; en septiembre de 1988, por ejemplo, el dirigente de la respetable Liga para la Protección del Medioambiente y la Naturaleza, el conservacionista Hubert Weinzierl, remarcaba que

...solo cuando la principal preocupación de la humanidad, la disminución de la presión de la superpoblación, haya sido vencida, tendrá sentido o posibilidad el construir un medioambiente que sea capaz de mejorar, de configurar el paisaje de nuestra civilización de manera tal que pueda seguir siendo merecedora de ser llamada «Heimat».⁷

Por su parte, una ecología basada en la mística puede llegar a convertirse en una justificación para un nacionalismo propiamente místico. En el batiburrillo New Age actual, con sus afinidades por la ecología, la ultraderecha puede encontrar perfectamente el componente místico que necesita para actualizar sus ideas y lograr un nacionalismo autoritario moderno. Del mismo modo que sucedió en la Alemania de entreguerras, los antirracionales cultos de la New Age –primitivistas y esotéricos– abundan tanto en la República Federal como en el mundo angloestadounidense. Es a este antirracionalismo y a dicho misticismo a los que apela la “nueva” derecha. Como apunta el editor anarquista Wolfgang Haug:

De hecho, la nueva derecha, quiere, por encima de todo, redefinir las normas sociales de manera que la duda racional sea considerada como decadente y eliminada, y que sean establecidas nuevas normas “naturales”.⁸

⁷ Citado en Jutta Ditfurth: *Feuer...*, op. cit., p.170.

⁸ Wolfgang Haug: «“Pogromen beginnen im Kopf”», *Schwarzer Faden: Vierteljahresschrift für Lust und Freiheit* [Grafenau]; traducido como «“Pogroms Begin in the Mind”», en *Green Perspectives*, núm. 26, Vermont, mayo de 1992.

La ecología social de la libertad

Una combinación de nacionalismo, autoritarismo y deseo de líderes carismáticos legitimados por una “ecología” mística y biologicista es, en potencia, una mezcla socialmente catastrófica. Del mismo modo que el movimiento *völkisch* fue al final canalizado por el entorno nazi, los nuevos movimientos sociales que apelan a estos conceptos deben ser cuidadosos y conocer su potencial para la catástrofe social y política en caso de que sean dirigidos en un sentido político peligroso, que se nutra del misticismo.

El amor por el mundo natural y la alienación de la sociedad moderna son, en sí mismas, ideas inocentes y legítimas, y en absoluto ha sido una necesidad histórica que se convirtieran en una justificación para el asesinato en masa. Tampoco la “ecología” está limitada a la interpretación de la sociedad como una jungla social darwinista, o politizada conforme a líneas tribales, regionales y nacionalistas. Ni es un concepto inherentemente místico y antirracional. En definitiva, la crisis ecológica difícilmente puede ser ignorada; en sí misma es muy real y está empeorando con rapidez. De hecho, la politización de la ecología no solo es algo deseable, sino que es necesaria.

Aunque este artículo se ha centrado en la derecha “ecologista” en la RFA, el “fascismo ecologista” difícilmente es limitable a ese país. En Gran Bretaña, una rama del National Front utiliza el lema: «¡La preservación racial es verde!»; en Estados Unidos, el famoso supremacista blanco Tom Metzger recalca:

He notado que un número cada vez mayor de jóvenes del movimiento racista blanco está también bastante interesado en la ecología, en proteger a los animales de la crueldad y cosas similares, y me parece que a medida que nos vamos concienciando de lo precario de nuestro estado, del estado del hombre blanco y de la mujer blanca en este mundo, al ser solo el 10% de la población, estamos empezando a simpatizar, a empatizar más, con los lobos y otros animales.⁹

Su colega Monique Wolfig está de acuerdo:

... bueno, naturalmente que es así. Se encuentran en la misma situación que estamos nosotros. ¿Por qué querríamos ver que la naturaleza, algo creado para nosotros, es

⁹ Tom Metzger, citado en Elinor Langer, «The American Neo-Nazi Movement Today», *Nation*, Nueva York, 16-23 julio de 1990, pp. 82- 107, esp. p. 86.

destruida? Trabajamos mano a mano con la naturaleza y deberíamos salvarla al mismo tiempo que intentamos salvar a nuestra raza.¹⁰

El conocido ecologista profundo estadounidense Bill Devall, aunque ciertamente no puede ser considerado un fascista, ha permitido que los discursos antinmigración penetrasen en sus posicionamientos, señalando con aparente alivio que, mientras «la población está empezando a estabilizarse en Europa occidental y en Norteamérica», se «ha lanzado una advertencia contra la inmigración». Devall azota a aquellos que «justifican la inmigración a gran escala en Europa occidental y Norteamérica desde Latinoamérica y África», señalándoles como culpables de un «humanismo malinterpretado».¹¹

Pero lo que es claramente crucial es, en sí, cómo se conciben las políticas ecológicas. Si el eslogan de Los Verdes «no somos de izquierdas ni de derechas, sino que vamos hacia adelante» tuvo alguna vez algún sentido, el surgimiento de una “derecha ecologista” señala el fracaso definitivo de dicha consigna. La necesidad de una izquierda ecologista es urgente, en especial una firmemente comprometida con una visión clara y coherente, anticapitalista, democrática y antijerárquica. Debe tener firmes raíces en el internacionalismo de izquierdas y nutrirse de parte de la crítica ilustrada racional, humanitaria y genuinamente igualitaria frente la opresión social, en particular de su rama libertaria y revolucionaria.

Pero unas políticas orientadas ecológicamente deben lidiar cautelosamente con los fenómenos biológicos, puesto que su instrumentalización puede servir a fines siniestros. Cuando el «respeto por la naturaleza» se transforma en “reverencia”, puede convertir las políticas ecologistas en una religión que los «Adolf verdes» puedan manipular de manera efectiva con fines autoritarios. Cuando la “naturaleza” deviene una metáfora que legitima la «moralidad de los genes», las glorias de la «pureza racial», el «amor por el *Heimat*», «las mujeres son iguales a la naturaleza» o la «conciencia del Pleistoceno», entonces el panorama cultural está listo para la reacción. El fascismo “ecológico”, en su intento por unir místicamente la preocupación genuina por los problemas medioambientales contemporáneos y los consagrados temores al “extranjero” o a lo “nuevo” mediante la verborrea ecologista, es cínico, pero potencialmente efectivo en términos políticos. Las mis-

¹⁰ Citado en Elinor Langer, «The American Neo-Nazi Movement...», *op. cit.*, p. 86.

¹¹ Bill Devall, *Simple in Means, Rich in Ends: Practicing Deep Ecology*, Gibbs Smith, Layton (Utah), 1988, p. 189.

tificaciones autoritarias no tienen por qué ser el destino del movimiento ecologista actual, como demuestra la ecología social. Pero podrían convertirse en su sino si los ecomísticos, primitivistas, misántropos y antirracionalistas se salen con la suya.

Janet Biehl es activista, autora y una de las principales precursoras del ecologismo social

